

FRANCISCO GONZALEZ BOCANEGRA,  
DRAMATURGO

P O R

L U I S R E Y E S D E L A M A Z A

**E**L primer centenario de la muerte de Francisco González Bocanegra se recordó el año próximo pasado con diversas veladas conmemorativas. En la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes tuvo lugar una de estas veladas, en la que Joaquín Antonio Peñaloza disertó sobre la vida del poeta, Luis Sandi sobre las estrofas del Himno Nacional, y el que esto escribe acerca de su obra para el teatro. Ahí, como ahora, dijimos que si bien Bocanegra fue un poeta, no se puede hablar de él como dramaturgo, porque no lo fue. Y en él se repite el caso de muchos otros ilustres literatos mexicanos que pasaron a la posteridad como novelistas célebres o inspirados poetas que si tocaron el género dramático fue sólo por seguir la corriente privativa de su época que mandaba, a todo literato que se preciase de serlo, escribir un drama o una comedia para completar su obra. Y muchas veces lo único que lograban era descompletarla, porque gastaban tiempo e inspiración en crear algo que no sentían, en lugar de encauzar ese tiempo y esa inspiración hacia su verdadera línea de trabajo.

Que hubo excepciones es innegable, y allí está, entre otras, la magna figura de Sor Juana Inés de la Cruz para demostrarlo con su deliciosa comedia de enredo *Los empeños de una casa*, o bien, para citar tanto lo lejano como lo cercano, Xavier Villaurrutia con sus maravillosos poemas y sus magníficas piezas teatrales. Pero esto no es lo común. Manuel Eduardo de Gorostiza, Fernando Calderón, Ignacio

Rodríguez Galván, José Peón Contreras y muchos más, fueron en esencia y en potencia dramaturgos, y apenas si tocaron otros géneros literarios. Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio abarcaron con buen éxito tanto la novela como el teatro, pero rara vez trataron de hacer poesía. Y en cambio, Justo Sierra e Ignacio Manuel Altamirano se consagraron a lo que era su vocación, la crítica literaria, y sólo en la adolescencia intentaron tímidos ensayos para la escena, convenciéndose luego que no era por allí el camino. Andrés Quintana Roo, José María Roa Bárcena, Manuel Gutiérrez Nájera, y más cerca Salvador Díaz Mirón y Ramón López Velarde, fueron sólo poetas. Mas no todos podían escapar al enorme placer de ver puestas en una escena sus producciones, y sucumbieron en ese intento talentos de la talla de un Manuel José Othón, cuyas piezas dramáticas son tan deficientes, o de un Manuel Acuña, o de un Francisco González Bocanegra. Poetas los tres, extraordinarios, pero no dramaturgos. Y sin embargo, merecedores de nuestra devoción como tales, porque nos demuestran que supieron vivir su época plenamente, entregados a ella, y que si esa misma época les hubiese exigido, como les exigió un ensayo dramático, digamos un libro de cuentos infantiles, también lo hubieran hecho. Por tanto, habrá que culpar a la época no a los escritores.

No es la primera ocasión que nos sucede esto. En el año de 1958, al conmemorarse el primer centenario del natalicio de Manuel José Othón, analizamos su producción dramática con detenimiento y terminamos convencidos que lo mejor era olvidarla para recordar sólo su hermosa poesía. Y ahora nos acontece caso similar también con un poeta, también ilustre y también potosino. Que nos perdonen ellos y nuestra provincia.

Cuando Francisco González Bocanegra escribió su primer drama, y de hecho el único, contaba con treinta y dos años de edad y era conocido ampliamente como uno de los mejores poetas mexicanos que cultivaba con sinceridad y talento el género romántico. Había ya triunfado, dos años atrás, en el certamen convocado por el gobierno para la elaboración de las estrofas del Himno Nacional Mexicano. Ya estaba, por tanto, consagrado ante su época y ante la historia. Por ello, cuando se acercó a don José Rafael de Oropesa, empresario del recientemente inaugurado Teatro de Iturbide, lugar de reunión de la sociedad elegante, y que triunfaba con su compañía dramática formada por los mejores actores existentes en la capital, cuando el nuevo dramaturgo, decíamos, dio a leer su primera obra al feliz empresario, éste de inmediato decidió

que se montara para la cuarta función del undécimo abono de doce funciones, la noche del 14 de septiembre de ese año de 1856. Y ante el Teatro de Iturbide casi lleno por completo, subió a escena el drama en cuatro actos y en verso, original de don Francisco González Bocanegra, titulado *Vasco Núñez de Balboa*.

A algunos biógrafos del poeta de la patria les ha extrañado que en los programas para esa noche aparecidos en los diarios capitalinos, no figurara el nombre del autor. Hecho curioso e indignante en verdad; pero no hay que olvidar que la prensa siempre ha cobrado los anuncios por línea, y las empresas teatrales, de ayer y de hoy, no siempre están en condiciones de desembolsar más que lo estrictamente necesario. Y en este caso lo necesario era anunciar un nuevo drama, pero no al autor. Por la razón antes expuesta y por otra más dolorosa aún: a la empresa no le convenía decir de antemano que el *Vasco Núñez de Balboa* se debía a la pluma de un autor mexicano. Eso podía restar dinero a la taquilla, porque antes, también como ahora, el solo anuncio de obra mexicana hacía quedarse a buena parte de los aficionados muy tranquilos en su casa.

No obstante, los verdaderos aficionados, así como los literatos y artistas de la capital, sabían ya quién era el autor del drama, y al terminar éste aplaudieron a rabiar obligando a González Bocanegra a salir al proscenio a agradecer la ovación profundamente emocionado y satisfecho de haber logrado un triunfo más en la carrera de las letras. Cuatro días después, el 18 de septiembre, se repitió el drama ante una concurrencia menor que la de la noche del estreno, pero no por ello menos entusiasta, porque llamó al autor de nuevo a la escena y varios amigos le obsequiaron entonces una dorada corona de laurel, símbolo máximo del triunfo para un dramaturgo del romanticismo. Y aquí cabe preguntar: ¿gustó realmente el drama, no a los pocos amigos y literatos, sino al grueso del público? Creemos que no. Las obras que gustaban se repetían una y otra vez, si no en la misma temporada, al año siguiente y en los posteriores. Así las comedias de Manuel Bretón de los Herreros, o los dramas de Tomás Rodríguez Rubi, y en caso de autores nacionales *A ninguna de las tres*, la encantadora farsa de Fernando Calderón, o su drama *El torneo*, se repetían con frecuencia, lo mismo que *Contigo pan y cebolla*, de Gorostiza, o el drama *El privado del virrey*, de Rodríguez Galván. *Vasco Núñez de Balboa*, al igual que tantas otras piezas, se ofreció en un escenario dos noches en la misma temporada y ninguna otra compañía volvió a montarla más.

El reparto con que fue estrenado el drama no dejó de ser un tanto arbitrario y quizás contribuyera a su fracaso. El personaje central, o sea el de Vasco Núñez de Balboa, lo interpretó el galán de moda por entonces, Manuel Fabre, un buen actor mexicano del que los cronistas de la época hablan de él como “un elegante y amable artista que sabe interpretar tan bien los sentimientos del corazón... por la elegancia de sus modales, su declamación irreprochable y, sobre todo, su buen gusto”. No dudamos que Fabre haya estado muy bien en su Vasco, lo mismo que el primer actor Juan de Mata Ibarzábal, quien llenó toda una etapa del teatro mexicano, en su personaje del malvado Pedrarias. Pero respecto de los papeles femeninos no se puede decir lo mismo. La Isabel de Bobadilla estuvo a cargo de la actriz Josefa García, de quien los críticos estaban de acuerdo en calificar de sobreactuada en casi todos los personajes a los que daba vida. ¡Cómo sería doña Josefa para que en aquella época teatral de grandilocuentes ademanes, de giros desgarradores y arrastrar de cortinas, se la juzgara sobreactuada! Y en el papel de Isabel de Bobadilla seguramente estuvo a punto de acabar con los decorados, porque se presta para hacerlo, sobre todo en el cuarto acto. Y lo que es el colmo, la dulce Fulvia, la indígena enamorada de Vasco, bella y joven, valiente y decidida, fue encomendada a la decana de las actrices, María Cañete, la que llegó a México con la compañía de Pedro Viñolas en el año de 1832 ya haciendo papeles de primera actriz. Murió en 1880 de avanzada edad, por lo que calculamos que en ese año de 1856 debió tener cerca de cincuenta años. Siempre fue una excelente actriz, pero no resistimos a imaginarla en la Fulvia, que es el personaje mejor trazado del drama.

En cuanto a construcción, el Vasco Núñez de Balboa adolece de defectos que no tendría si su autor hubiese conocido lo más elemental de la técnica teatral aun de aquella época. Pero ya hemos dicho que González Bocanegra fue antes que nada poeta, y no tenía por qué conocer, ni intuir, una técnica dramática. Sin embargo, no cae en el principal defecto de muchos de sus contemporáneos, aun dramaturgos de nacimiento, que para plantear los antecedentes al inicio de la obra, colocan a dos criados que se relatan uno al otro la historia de sus amos, como si no la conocieran, para que de este modo el público se entere de por qué van a suceder los acontecimientos posteriores. Bocanegra entra de lleno en el conflicto desde los primeros versos, y son Fulvia y Hernando, el amigo íntimo de Vasco, los que dan los antecedentes, sin que lo parezca. Mas con la llegada de Vasco dan principio los errores

y el drama se resiente. El protagonista se lanza a declamar, en buenos y sonoros endecasílabos, el relato de sus hazañas, pero el autor alarga innecesariamente aquellas escenas, ya largas de por sí. Llega Vasco a decir, muy seguro, que si descubrió el Pacífico fue porque:

“... me lo mostró mi ardiente fantasía,  
y en mi ansiedad de hallarlo lo veía  
con sus costas, sus ondas, y sus peces,  
y por hallarlo no admití desvelo.

La intriga en contra suya avanza inexorablemente y la carta del alcalde Zamudio de Enciso es clara: Vasco ha sido destituido en el mando del Darién y pronto llegará su sustituto. Todo se debe a una calumnia y el conquistador sufre al ver su honor de soldado y de español manchado por la envidia y por los celos. E inmediatamente se anuncia la llegada de don Pedrarias Dávila y de su esposa doña Isabel de Bobadilla. Unas escenas antes, cuando Vasco va a llegar, Fulvia y Hernando quieren ir a recibirlo, pero cuando hacen el movimiento hacia la puerta entra muy oportunamente el protagonista. Igual situación pide el autor para la llegada de Pedrarias. Vasco se dirige a la puerta para salir, pero entra en ese instante Dávila. Repetición inútil y muy cercana una de la otra que indica claramente que el autor no sabía cómo preparar la entrada de un nuevo personaje.

También en el primer acto, Vasco queda solo y se lanza con un larguísimo monólogo al público en que le explica su amor por Fulvia y se lamenta de que ella no sea cristiana. Estos monólogos eran muy de la época y nada se tendría que objetar si no fuera porque Bocanegra no cae en la cuenta de que esos monólogos significaban pensamientos de los personajes al quedarse solos, y que se suponía eran dichos sólo con el pensamiento, no porque estuvieran hablando para sí mismos en voz alta como locos. Vasco habla solo, por lo visto, porque su monólogo no es pensamiento, pues Fulvia aparece en la puerta sin ser vista por él y lo escucha arrobada hasta que lo interrumpe con una frase de amor, y el mismo Vasco no se extraña de que su amada lo haya sorprendido pensando en voz alta y sin nadie más en la habitación, porque tranquilamente le pregunta: “Amor mío, ¿me escuchabas?” De este modo todo era muy fácil para el escritor: no existía obstáculo alguno para el desarrollo del drama; pero la construcción dramática se viene abajo por exceso de convencionalismo. González Bocanegra no se fija en esto, o no le importa. Lo fundamental para él es hacer poesía, y

eso lo logra. La escena de amor entre Vasco y Fulvia tiene trozos tan hermosos como éste, en el que campea el más puro y sincero romanticismo:

¡Amor, Fulvia, eso es vivir!  
¡Ser amado, eso es gozar!  
¿Y quién habrá de gemir  
si cuando se siente amar  
piensa de placer morir?  
Iremos donde tú quieras,  
a mis playas españolas  
si ellas te son placenteras;  
pero nos darán las olas  
sobre mis naves veleras,  
blandamente remecidos  
por sus vaivenes inciertos,  
iremos embebecidos,  
amor, gozando despiertos,  
amor, soñando dormidos.

Aquí está la demostración de nuestro juicio: González Bocanegra es un poeta; un buen poeta.

Mas el desarrollo del drama tiene que seguir, y aquí es donde el autor se molesta y no sabe qué hacer. ¡Tan hermoso que sería continuar indefinidamente esa escena de amor, rimando y construyendo con galanura octosílabos! Pero no hay remedio: es una pieza de teatro lo que está elaborando y es necesario proseguir. Llega al fin don Pedrarias con su esposa y comienzan las dificultades para el escritor. Doña Isabel tiene que decirle algo muy importante a Vasco para los futuros acontecimientos, pero están en escena su esposo y Fulvia, y ellos no deben enterarse. ¿Qué importa dejarlos sin saber qué hacer? Lo importante es que Isabel se acerque a Vasco y le diga que le urge hablar con él. Pedrarias busca una carta entre algunos papeles que lleva consigo y Fulvia seguramente actúa en silencio proyectando al público con gestos y ademanes que no le han gustado nada aquella conversación secreta entre su amado y doña Isabel. Termina esta, por fortuna, breve plática en aparte y es entonces cuando el autor se olvida que los hechos sucedían en un escenario. Pedrarias sigue rebuscando entre sus papeles. Fulvia se acerca a Vasco y tiene lugar una extensa escena de celos de la que Pedrarias ni doña Isabel deben enterarse. Y cae nuestro poeta en el error gravísimo de muchos autores teatrales —¡hasta el mismo Molière!— de olvidar personajes para ocuparse de otros. Doña Isabel no vuelve a hablar

durante el resto del primer acto: se le olvidó por completo a Bocanegra que esa figura estaba en escena y no se preocupó ni de sacarla de ella ni de ponerla a hacer algo que justificara su presencia y su silencio. Que el director se las entendiese con ese personaje como mejor le pareciera. Y la técnica teatral vuelve a sufrir un duro golpe.

Pero el poeta se impone al dramaturgo. Al comienzo del segundo acto doña Isabel tiene un monólogo, que si bien es cierto es largo y hace que la acción del drama se estanque, la belleza de los versos hace olvidar la construcción dramática. Isabel añora sus hijas que ha dejado en España.

¿Dónde encontrar quien mi suspiro os lleve  
si no es la brisa que en el hondo bosque  
mueve las hojas con su aliento tenue?  
¿Dónde encontrar quien mi dolor os diga  
y que mis hondas penas os revele,  
si no en las olas que la mar levante  
y sin cesar a nuestras playas rueden?  
¿Quién me traerá las anheladas nuevas,  
hijas del corazón, de vuestra suerte?  
¿Quién me dirá si aún existís, al menos,  
si ni las brisas ni las olas vuelven?

Bello trozo ejemplar de romanticismo, género que se complacía en invocar a los elementos para alivio de las penas.

Continúa de esta suerte el desarrollo del drama con hermosos arranques líricos y errores de construcción dramática más o menos notables hasta el acto tercero, en el que Pedrarias, que ha sido hasta entonces sólo un fiel soldado obediente de las órdenes del alcalde y del rey, se descubre como un terrible villano. Y no se delata por sus acciones, que esas vendrán después, sino que paladinamente dice al público en un monólogo que él es muy malo y que Vasco morirá muy pronto. La descripción que este personaje hace de su propio carácter es tan obvia, que nos recuerda a los villanos del comienzo del cinematógrafo, quienes desde su vestimenta y sus enormes bigotes proclamaban lo malvados que eran:

¡Muy triste a la verdad!, pero su muerte  
a mi pecho por Dios no causa pena.  
Tranquilo estoy y cuando al fin me atrevo  
a levantar para él aquí el cadalso,  
la frente erguida y sin temor yo alzo,  
porque la ley entre mis manos llevo.

Después de esta confesión, al público ya no podía extrañarle nada de lo que Pedrarias hiciera contra Vasco Núñez de Balboa, hasta matarlo, como lo hace al final del drama. Y cuando ya el protagonista está en la prisión, en el cuarto acto, sin esperanza alguna de salvación no obstante los desesperados esfuerzos que hace doña Isabel para salvarlo, el autor recuerda que no ha desenlazado uno de los conflictos más importantes presentados al principio del drama, como es el estado religioso de Fulvia, que sigue siendo pagana. Con un pretexto cualquiera, sin justificación lógica, saca de escena a doña Isabel y quedan en la prisión sólo Vasco y Fulvia. El primero declama un interminable monólogo en el que hace ver a su amada las maravillas que le esperan en el cielo cristiano. Y aquí tiene lugar el milagro. Tal parece que Fulvia no había oído jamás hablar de esa otra vida después de la muerte, no obstante que Vasco lleva ya mucho tiempo tratando de convertirla al cristianismo. En sus anteriores pláticas seguramente se le había escapado mencionar ese pequeño detalle, porque ahora la indígena queda sorprendida e iluminada:

FULVIA.—¡Nueva existencia! ¿Qué dices?

VASCO.— Que hay otro mundo mejor  
donde no impera el dolor,  
donde todos son felices.

FULVIA.—Háblame tú de ese mundo  
a donde a gozar se va,  
donde eterno vivirá  
del alma el amor profundo,  
háblame, te escucho ya.

Y Vasco sin tardanza, le habla de ese mundo. Fulvia no acaba de convencerse, hasta que su amado le explica que si vuelve los ojos al verdadero Dios, vivirán juntos en el cielo para toda la eternidad:

¿De ese Dios, que es tu creencia,  
ante la sacra presencia,  
seremos los dos felices  
uniendo nuestra existencia?

VASCO.— Sí, Fulvia, creyendo en él.

Y, claro, Fulvia se convierte de inmediato. González Bocanegra queda tranquilo, sólo que no previó que analizando el drama se llega a la conclusión de que Fulvia se convierte no por convicción, sino por interés de estar para siempre al lado de su Vasco. Y, al fin drama romántico,

cuando desde la ventana de la prisión ve el cuerpo decapitado del descubridor, Fulvia lanza un grito desgarrador y cae muerta "lo más inmediatamente posible a la ventana", según reza la acotación. Doña Isabel, trágica, en medio de la escena exclama:

¡Yo salvaré su memoria!  
¡Su cadáver yace allí  
y su amor muerto está aquí,  
pero aquí vive su gloria!

Y cae el telón.

*Vasco Núñez de Balboa* no es un buen drama ni situándonos en la época romántica en que fue escrito. Abunda, sí, en hermosos trozos de bien lograda poesía, pero no hay más. Para hablar de la literatura romántica en México, es necesario referirse a las obra de los que fueron en verdad dramaturgos, como los ya citados Gorostiza, Calderón y Rodríguez Galván, quienes a su vez quizás no resistirían un análisis de su producción poética.

Finalmente, sólo nos referiremos de paso a la obra teatral inconclusa de González Bocanegra intitulada *Faltas y expiación*, de la que sólo terminó el primer acto dividido en diez escenas, no porque la muerte se lo impidiera, como ha dicho por allí un biógrafo, sino porque seguramente él mismo se dio cuenta que aquello no podría prosperar en los actos subsiguientes. La obra se cae definitivamente en las últimas escenas de ese único acto, plagado hasta la saciedad de "aportes", frases en voz baja para que los otros personajes no se enteraran, etcétera. La escena décima, o sea la última, es un claro ejemplo de que el autor no estaba inspirado ni sabía ya que hacer ni que decir, y pone en boca de sus personajes sólo monosílabos llenos de admiraciones. Júzguese si no:

CLARA.—¡Ah!  
DON CARLOS.—¡Clara!  
CLARA.—¡El!  
DON JUAN.—¡Clara!  
CLARA.—¡Oh, Dios! ¡Benavides!  
DON CARLOS.—¡Fatalidad!  
DON CARLOS.—¡Ella aquí! ¡Su imagen!  
MARÍA.—¡Es prenda mía!  
DON JUAN.—¡Y la de Carlos! ¡Oh! ¡Dí!  
MARÍA.—¡Perdón! ¡Compasión!  
DON JUAN.—¡María! ¡Y quién la tiene de mí!

Esa es toda la escena. Creo que cualquier comentario sale sobrando, y por ello nos atrevemos a asegurar que el mismo Bocanegra se dio cuenta de su error y arrumbó ese primer acto en algún olvidado cajón de su mesa de trabajo. E hizo bien.

Francisco González Bocanegra ocupa por derecho el destacado lugar que le corresponde dentro de la historia de la poesía mexicana, y ya el sólo hecho de haber escrito las marciales y bellas estrofas del Himno Nacional Mexicano, lo eleva por entre sus contemporáneos y se gana la inmortalidad, sin olvidar por ello el resto de su obra poética, digna e interesante por ser claro reflejo del romanticismo en nuestro país. Por eso sólo debemos recordar, con todo el respeto, el orgullo y la admiración que nos merece su memoria, al González Bocanegra poeta.